

La ciencia descubre misterios... pero: (¿tienen misterio las cosas?)



por María Eugenia Medina

La visión del poeta siempre es auténtica, suya, expresión pura del yo. En el caso de Fernando Pessoa, los críticos coinciden en que el desafío reside en desentrañar tras cual de sus heterónimos¹ se oculta, o que partícula de cada uno forma parte del sentir íntimo del verdadero Pessoa. ¿Acaso nosotros no tomamos del arcón un «vestuario» según el día o el sentir? Pessoa dio forma a cada uno de estos «poetas», incluso con nombres, profesiones, datos e imágenes vívidas. Alberto Caeiro fue, de los seudónimos elegidos por Pessoa, el que él mismo denominó maestro, y tomó forma de un campesino de poca formación educativa.

En palabras del propio Pessoa:

En fin, ¿cuál puede ser el valor de Caeiro, su mensaje, como suele decirse? No resulta difícil de determinar. A un mundo sumergido en diversos géneros de subjetivismos viene a traer el Objetivismo Absoluto, más absoluto que el que los objetivistas paganos tuvieron jamás. Viene a restituir la Naturaleza Absoluta a un mundo ultracivilizado. A un mundo sumergido en humanitarismos, en problemas de trabajadores, en sociedades éticas, en movimientos sociales, trae un desprecio absoluto por el destino y por la vida del hombre, lo cual, si bien puede considerarse un exceso, es, al fin y al cabo, natural en un mundo como éste, y un correctivo magnífico. Wordsworth opuso el hombre natural al hombre artificial; el «hombre natural» es, para Caeiro, tan artificial como cualquier otra cosa, excepto la Naturaleza.

En los versos siguientes sus preguntas parecen justamente contrarias a las que los hombres de ciencias se formulan...no interesa al poeta el más allá de las cosas, el secreto, solo su estar en el mundo...

BIOGRAFÍA BIOGRAFÍA BIOGRAFÍA

Este poeta portugués nació en Lisboa en 1888. Perdió de muy pequeño a su padre y pasó su infancia y juventud en la República de Sudáfrica donde su padrastro era cónsul. Realizó estudios de derecho en la Universidad de El Cabo, y regresó a Lisboa en 1905. Inició su obra literaria en inglés, aunque a partir de 1908 creció su interés por la lengua portuguesa.

Su obra, una de las más originales de la literatura portuguesa, la plasmó a través de varios heterónimos, los más famosos: Ricardo Reis, Álvaro de Campos y Alberto Caeiro, para quienes inventó personalidades divergentes y estilos literarios distintos. Ricardo Reis trabaja minuciosamente la sintaxis y el léxico, Álvaro de Campos evoluciona desde una estética próxima a la de Whitman hasta preocupaciones metafísicas en un intento de explicar la vida desde una perspectiva racional. Alberto Caeiro, el autor del poema que compartimos, posee una espontaneidad expresiva y sensual donde La Naturaleza, así, con mayúsculas, fue su musa inspiradora, lejos de otras filosofías. Sin embargo hay una nostalgia o desesperanza que es común a todos.

Murió por problemas derivados del alcoholismo en 1935. Nunca se casó ni tuvo hijos. No tuvo casa propia o diploma alguno. La mayor parte de su obra se conoció en forma póstuma.

El misterio de las cosas

El misterio de las cosas, ¿dónde está?

¿Dónde está que no aparece

para mostrarnos al menos que es misterio?

El río y el árbol, ¿saben algo de eso?

¿Sabré algo de eso yo que no soy más que ellos?

Siempre que miro las cosas y pienso en qué piensan los hombres de las cosas,

me río cual regato en su fresco sonar contra una piedra.

Porque el único sentido oculto de las cosas es el de no tener ningún sentido oculto.

Más extraño que todo lo que extraña,

que los sueños de todos los poetas

que los pensamientos de todos los filósofos,

es que las cosas sean realmente lo que parecen ser

y no haya nada que entender en ellas.

He aquí lo que mis sentidos por sí solos aprendieron:

las cosas no tienen significación, sino existencia.

Las cosas son el único sentido oculto de las cosas.



Ilustración de Fernando Vicente